

RALPH WALDO EMERSON
NATURALEZA

RALPH WALDO EMERSON
NATURALEZA

Ilustraciones de
Eugenia Ábalos

Edición y traducción de
Andrés Catalán

Nørdicalibros
2020

Título original: *Nature*

© De las ilustraciones: Eugenia Ábalos

© De la traducción: Andrés Catalán

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.

Avda. de la Aviación, 24, bajo P

28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: febrero de 2020

ISBN: 978-84-18067-19-8

Depósito Legal: M-1479-2020

IBIC: WNM

Thema: WN

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)



Diseño de colección y

maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y

Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

NATURALEZA

Introducción 17

Naturaleza 21

Bienes 27

Belleza 31

Lenguaje 43

Disciplina 55

Idealismo 67

Espíritu 81

Perspectivas 87

POEMAS

Todos y cada uno 103

A Rea 106

Mitrídates 110

Adiós 113

El rododendro 116

Recoger bayas 118

La tormenta de nieve 120

Notas del bosque I 122

Paciencia 131

La disculpa 132

Añublo 136

Himno 138

POEMS

NATURALEZA



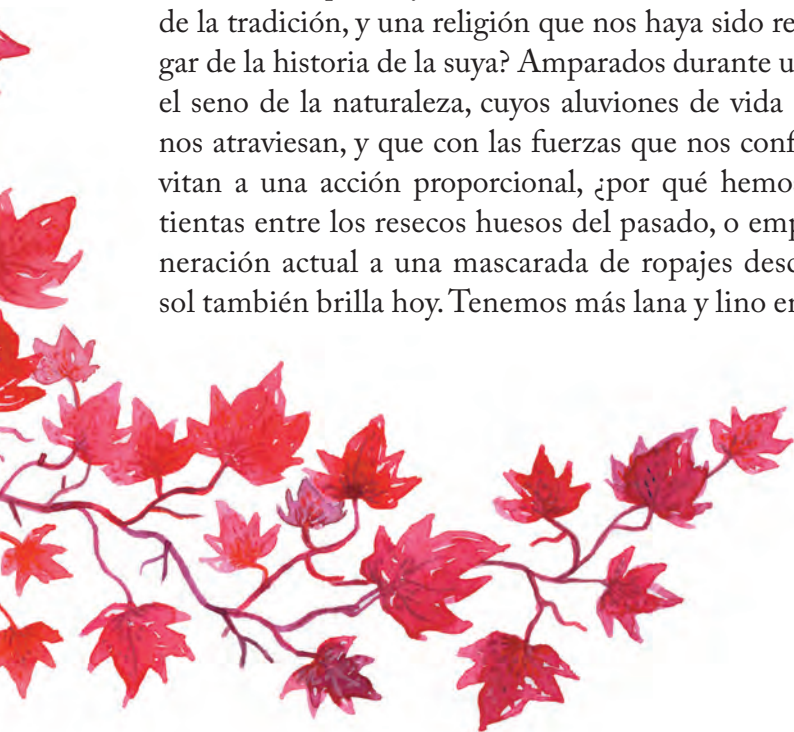
Una sutil cadena de incontables anillos
conecta con el siguiente al más lejano;
el ojo lee augurios por doquier,
la rosa habla cualquier lengua;
y, luchando por ser hombre, el gusano
escala por todas las espiras de la forma.





INTRODUCCIÓN

La nuestra es una época retrospectiva. Erige los sepulcros de los padres. Escribe biografías, historias y críticas. Las generaciones precedentes miraban a Dios y a la naturaleza cara a cara, nosotros lo hacemos con sus ojos. ¿Por qué no podemos disfrutar nosotros de una relación original con el universo? ¿Por qué no tener una poesía y una filosofía fruto del entendimiento y no de la tradición, y una religión que nos haya sido revelada en lugar de la historia de la suya? Amparados durante un tiempo por el seno de la naturaleza, cuyos aluviones de vida nos rodean y nos atraviesan, y que con las fuerzas que nos confieren nos invitan a una acción proporcional, ¿por qué hemos de andar a tientas entre los resecos huesos del pasado, o empujar a la generación actual a una mascarada de ropajes descoloridos? El sol también brilla hoy. Tenemos más lana y lino en los campos.



Tenemos nuevas tierras, nuevos hombres, nuevas ideas. Exijamos nuestras propias obras, leyes y devociones.

Sin duda, ninguna pregunta que podamos plantearnos carece de respuesta. Debemos confiar en la perfección de la creación, así como creer que cualquier curiosidad que haya despertado en nuestra mente el orden de las cosas, el mismo orden de las cosas podrá satisfacerla. La condición de todo hombre es una solución en jeroglíficos a los interrogantes que plantea. La pone en práctica como vida antes de percibirla como verdad. De manera similar, la naturaleza ya ha descrito su propio propósito en sus formas y tendencias. Interrogemos la gran aparición que resplandece tan plácidamente a nuestro alrededor. Preguntemonos: ¿con qué fin existe la naturaleza?

Toda ciencia persigue un objetivo, a saber, hallar una teoría de la naturaleza. Disponemos de una teoría de las razas y de las funciones, pero apenas nos hemos acercado remotamente a una idea de la creación. En este momento estamos tan alejados del camino de la verdad que los maestros de la religión se pelean y se odian unos a otros, y se tilda a los hombres que hacen conjeturas de insensatos y frívolos. Pero para un juicio sólido la más abstracta de las verdades es la más práctica. Cuando aparezca una teoría verdadera se demostrará por sí misma. La prueba es que explicará todos los fenómenos. Ahora buena parte no solo está por explicar, sino que se considera inexplicable; así ocurre con el lenguaje, el descanso, la locura, los sueños, las bestias, el sexo.

Desde un punto de vista filosófico, el universo se compone de naturaleza y alma. En sentido estricto, por lo tanto, todo lo que es distinto a nosotros, todo lo que la filosofía identifica como algo que NO SOY YO, es decir, tanto la naturaleza como el arte, el resto de hombres y mi propio cuerpo, ha de

ser clasificado bajo este nombre: NATURALEZA. A la hora de enumerar los valores de la naturaleza y realizar su suma, usaré la palabra en ambos sentidos, en el habitual y en el filosófico. En una indagación tan general como la que nos atañe, la imprecisión carece de importancia: no resultará en ninguna confusión de pensamiento. *Naturaleza*, en su sentido habitual, se refiere a las esencias no modificadas por el hombre: el espacio, el aire, el río, la hoja del árbol. *Arte* se aplica a una combinación de su voluntad y de esas mismas cosas, como una casa, un canal, una estatua, una pintura. Pero sus operaciones consideradas en conjunto son tan insignificantes —un poco de desmenuzar, hornear, remendar y lavar— que en una impresión tan grandiosa como la que el mundo produce en la mente humana estas no modifican el resultado.

Capítulo I

NATURALEZA

Para buscar la soledad un hombre necesita alejarse tanto de su propia alcoba como de la sociedad. Al leer o escribir no estoy solo, aunque nadie esté conmigo. Pero si el hombre desea sentirse realmente solo no tiene más que contemplar las estrellas. Los rayos que proceden de esos mundos celestiales le distinguirán de las cosas que toca. Podría pensarse que la atmósfera fue creada transparente con este propósito: brindar al hombre, en los cuerpos celestiales, la perpetua presencia de lo sublime. Desde las calles de las ciudades, ¡qué visión tan magnífica nos ofrecen! Si las estrellas aparecieran una noche cada mil años, ¡cómo creerían y adorarían los hombres! Sin duda atesorarían durante muchas generaciones el recuerdo de la ciudad de Dios que les fue mostrada. Pero todas las noches surgen estas emisarias de la belleza e iluminan el universo con su sonrisa admonitoria.

Las estrellas inspiran cierta reverencia, puesto que, aunque siempre presentes, son inalcanzables; pero todos los objetos naturales producen una impresión similar cuando la mente se abre a su influjo. La naturaleza no adopta nunca una apariencia humilde. Ni el más sabio de los hombres puede arrancarle su secreto ni saciar su curiosidad tratando de descubrir toda su perfección. La naturaleza nunca ha sido un juguete para un

espíritu sabio. Las flores, los animales y las montañas reflejan la sabiduría de sus mejores años en la misma medida que hicieron las delicias de su ingenua infancia.

Cuando hablamos de la naturaleza en estos términos tenemos en mente un sentido peculiar, si bien extremadamente poético. Nos referimos a la totalidad de la impresión producida por múltiples objetos naturales. Es esto lo que distingue la madera del leñador del árbol del poeta. El cautivador paisaje que observé esta mañana está sin duda formado por unas veinte o treinta fincas. Miller es dueño de este campo; Locke, de aquel; y Manning, del bosque de más allá. Pero ninguno de ellos es dueño del paisaje. Hay un terreno en el horizonte que no posee ningún hombre salvo aquel cuya mirada es capaz de integrar todas las partes, es decir, el poeta. Se trata de la mejor parte de las fincas de estos hombres, pese a que su titularidad no figure en ninguna escritura de propiedad.



A decir verdad, pocos adultos son capaces de ver la naturaleza. La mayoría de las personas no ven el sol. A lo sumo tienen una visión muy superficial. El sol ilumina solamente el ojo del hombre, pero resplandece en el ojo y el corazón del niño. El amante de la naturaleza es aquel cuyos sentidos internos y externos siguen plenamente ajustados entre sí, alguien que ha conservado el espíritu infantil incluso una vez alcanzada la madurez. Su trato con el cielo y la tierra forma parte de su ración diaria de alimentos. En presencia de la naturaleza un placer salvaje recorre al hombre, aunque lo abrumen grandes pesares. La naturaleza dice: «Es mi criatura y, a pesar de todas sus impertinentes molestias, conmigo estará contento». No solamente el sol o el verano, sino todos los momentos y estaciones rinden su tributo de deleite, pues cada momento y cada cambio permiten un estado diferente de ánimo y se corresponden con él, desde el intenso mediodía hasta la noche más lúgubre. La naturaleza



es un escenario en el que encajan por igual una pieza cómica y una fúnebre. Con buena salud, el aire es un cordial de increíble virtud. Al cruzar un ejido despoblado, lleno de nieve fangosa, al anochecer, bajo un cielo nublado, sin que entre mis pensamientos destacara ninguno especialmente afortunado, he sentido alguna vez un júbilo total. Mi alegría es tanta que casi me produce temor. En los bosques, además, un hombre se quita de encima los años, como la serpiente su piel, y siempre es un niño, sin importar en qué momento de la vida se encuentre. En los bosques se es siempre joven. En estas plantaciones de Dios reinan el decoro y la santidad, destellan los atavíos de una fiesta perenne y el invitado no ve cómo podría cansarse de ello ni en mil años. En los bosques recobramos la razón y la fe. En ellos me parece que nada malo puede sucederme en la vida, ninguna desgracia, ninguna calamidad (mientras conserve los ojos) que la naturaleza no pueda reparar. Sobre la tierra desnuda —bañada la



cabeza por el aire dichoso yalzada hacia el espacio infinito— se desvanece todo rastro de egoísmo mezquino. Me convierto en un globo ocular transparente; no soy nada, lo veo todo, las corrientes del ser universal circulan a través de mí, soy una parte o una partícula de Dios. El nombre del amigo más cercano me suena entonces extraño y fortuito: ser hermanos, ser conocidos, señor o criado, es tan solo una nimiedad y una molestia. Soy el amante de una belleza incontenible e inmortal. En las tierras salvajes descubro algo más estimado y afín que en las calles o los pueblos. En el paisaje apacible, y especialmente en la distante línea del horizonte, el hombre contempla algo tan hermoso como su propia naturaleza.

El deleite más grande que ministran los campos y los bosques es la insinuación de una relación oculta entre el hombre y la vegetación. No estoy solo ni soy ignorado. Me saludan, y yo a ellos. La agitación de las ramas en medio de la tormenta me



resulta nueva y antigua al mismo tiempo. Me toma por sorpresa y, sin embargo, no me es desconocida. Su efecto es similar al de un pensamiento elevado o al de la emoción extraordinaria que me embarga cuando considero que pienso con justicia o actúo correctamente.

Sin embargo, es cierto que la capacidad de producir este deleite no reside en la naturaleza, sino en el hombre, o en la armonía que se establece entre ambos. Es necesario hacer uso de estos placeres con gran moderación, pues la naturaleza no siempre se muestra adornada de festivos atuendos, sino que la misma escena que ayer destilaba perfumes y relucía como para retozo de las ninfas puede presentarse hoy impregnada de melancolía. La naturaleza siempre viste los colores del espíritu. Para un hombre ahogado por las calamidades el calor de su propio fuego desprende tristeza. Existe, además, una suerte de desdén por parte del paisaje que siente aquel a quien la muerte arrebató un amigo. El cielo es menos espléndido cuando la noche cae sobre una población de menor valía.

Capítulo 2

BIENES

Todo aquel que se proponga tomar en consideración la causa final del mundo discernirá una multitud de usos que forman parte de ese resultado. Todos ellos son susceptibles de incluirse en una de estas clases: bienes, belleza, lenguaje y disciplina.

Bajo el nombre general de bienes clasifico todas esas ventajas que nuestros sentidos le deben a la naturaleza. Este es, por supuesto, un beneficio temporal y mediato, no definitivo como el servicio que presta al alma. Sin embargo, aunque inferior, es perfecto en su género, y es el único uso de la naturaleza que perciben todos los hombres. La desdicha del hombre nos parece una rabieta infantil cuando examinamos el constante y pródigo abastecimiento que lo sustenta y deleita en esta esfera verde que lo lleva flotando a través de los cielos. ¿Qué ángeles concibieron estos espléndidos adornos, estas lujosas comodidades, este océano de aire en las alturas, este océano de agua en las profundidades, este firmamento de tierra entre ambos? ¿Este zodiaco de luces, este toldo de nubes de lluvia, esta capa estriada de climas, este año cuádruple? Las bestias, el fuego, el agua, las piedras y los cereales están a su servicio. El campo es a la vez su suelo, su taller, su patio de juegos, su jardín y su lecho.

«Más sirvientes atienden al hombre de los que el hombre se percata».

Al proveer al hombre la naturaleza no supone solo el elemento material, sino también el proceso y el resultado. Todas las partes trabajan para su beneficio incesantemente unas junto a otras. El viento siembra la simiente, el sol evapora el mar, el viento arrastra el vapor hacia el campo, los hielos, al otro lado del planeta, condensan la lluvia, la lluvia nutre la planta, la planta nutre al animal, y así las infinitas circulaciones de la caridad divina alimentan al hombre.

Las artes útiles son reproducciones o nuevas combinaciones ingeniadas por el hombre a partir de los mismos benefactores naturales. Ha dejado de precisar de vientos favorables, puesto que gracias al vapor hace realidad la fábula de la bolsa de Eolo y transporta los treinta y dos vientos en la caldera de su barco. Para reducir la fricción, pavimenta los caminos con barras de hierro y montado en un vagón cargado de hombres, animales y mercancías recorre el país, de ciudad en ciudad, como un águila o una golondrina por el aire. Con el conjunto de estas ayudas, ¡cómo ha cambiado la faz del mundo, desde la era de Noé a la de Napoleón! El individuo humilde dispone de ciudades, navíos, canales y puentes que han sido construidos para él. Acude a la oficina de correos y la humanidad reparte sus mensajes; a la librería, y la humanidad lee y escribe para él cuanto ocurre; a los tribunales, y las naciones reparan sus agravios. Levanta su casa junto al camino, y la humanidad acude cada mañana y limpia a paladas la nieve y abre para él un sendero.

Pero no hay necesidad de especificar los detalles de esta clase de usos. El catálogo es infinito y los ejemplos son tan evidentes que los dejaré a la reflexión del lector, con la observación general de que este beneficio interesado concierne a un bien ulterior. Se ofrece alimento a un hombre no para que pueda comer, sino para que pueda trabajar.



